

Creació Literària

CARMEN GONZÁLEZ MARÍN

La traducción o el amor

Hay tanto consuelo en la vulgaridad. Cuánto daría por no haber llegado a tal convicción. Pero mucho más daría por no haber sentido la necesidad de buscarla. Dudó un instante antes de firmar con la inicial que usaba para envíos de índole intelectosentimental. Sí, la brevedad era la regla de oro. Algo que resuene, que inspire ulteriores reflexiones, que conmueva en su eficaz desnudez. Era eso. Tecleó la inicial. *Rem tene, verba sequuntur.* Esos envíos, claro está, iban rodeados de un aura de altísima pedagogía. Con los ojos entornados se representaba a la discípula, un pitillo entre los dedos, expectante, aspirando las palabras de él, *enamorada de él.* *Rem tene, sex sequitur.* Sonrió por su agudeza. Se recompuso no obstante enseguida. No era eso. Era mera admiración, incluso algo había de paterno-filial; quizá. Ella tenía los ojos grandes y azules, y los entrecerraba cuando le escuchaba hablar con aquella atención. Siempre tenía la palabra justa, parecía decir. En ocasiones le había pedido consejo y ayuda. En ocasiones había alabado sus trabajos. Bebería tal vez sus pensamientos, sus palabras con la misma entrega que *Hanna*. Esa imagen deliciosa se esfumó con el sonido de un sms. «*Slgo a ls 6;cne? .Bss*».

Era mayo, una primavera tardía y exuberante se hacía notar aun en aquella calle poco propicia a la contemplación. Las copas de los árboles casi podían tocarse con la mano desde el balcón, y su verde eléctrico servía de filtro contra los agresivos edificios de enfrente. Le gustaba acompañarse por alguna pieza musical. Hoy era el turno de Luigi Nono. Al terminar pensó «sublime». Pero lo pensó en inglés; inopinadamente se dijo «*SUBLAIM*», y para encajarlo de algún modo, continuó «*GREIT*», «*TRIMENDONES*». Pero era otra cosa la que tenía entre manos. La que absorbía todo su tiempo y todo su ser. Ello era un tratado de la esperanza, *a treatise on hope*; ya lo veía en sus tapas azules y su tipografía preciosista, en un mostrador de novedades; no como sus otros libros, que normalmente se presentaban en posición horizontal, sino esta vez erguido, orgulloso, vencedor en la dura pugna por el espacio y la visibilidad. Porque éste era su libro, el verdaderamente suyo, el que nunca escribió, el que ni siquiera se había atrevido a asomar la nariz entre sus cientos de páginas escritas. En ocasiones, le vencía una suerte de angustia que parecía venir de algún remoto momento, porque se acompañaba de sensaciones que apenas reconocía. Pero esta tarde no; esta tarde se disponía a escribir. *Aut viam inveniam aut faciam.* La pantalla en

blanco. Tecleó «A Treatise on hope». Pero lo borró inmediatamente. Escribió «¿Esperanza o desesperación?». Enseguida sintió aquel vacío.

«La filosofía de Platon es la de la caverna. Decía que en aquel tiempo el hombre estaba encadenado y que hasta que no viniera alguien a liberarlo no podía ver el mundo». Tiró el folio sobre el sofá. Otra vez. Era lo que normalmente se describe como un bebé precioso. No le faltaba detalle: rubio y con esas mejillas sonrosadas. Crecía y cada día era más despierto y mostraba más habilidades para encandilar a su amoroso entorno. Pero no había tiempo que perder cuando dormía. Así que cualquier interrupción se convertía en un cataclismo. Hoy había sido una estridente música que acompañaba los títulos de crédito de un reality. Mañana, quizá la cabecera de la telenovela que contaba la historia de una pobre chica que trataba de sacar adelante a su hijo, contra viento y marea, y sobre todo contra las asechanzas de los hombres en el televisor de los vecinos. Qué más da. Era un atractor de caricias; todos los son. Gorgean, ronronean, y no permiten que dejemos de mirarlos. *No nos gustan porque son pequeños, son pequeños porque nos gustan.* Pensó que había descubierto el quid de muchas cosas, y aun a riesgo de hacer vomitar a su retoño con el movimiento imprevisto al tiempo que le suministraba un biberón, trató de abrir el portátil con la mano escasamente libre sobre cuyo brazo reposaba él. No se sorprendió, pero sí se aceleró levemente su corazón. Precisamente ese tipo de reflexiones sutiles y paradójicas convenían a aquel intercambio. Así que en el momento en que al parecer satisfecho comenzó a cerrar los ojos, liberó su mano derecha y comenzó a escribir. *A veces lo vulgar solo lo es en apariencia; es vulgar entusiasmarse ante la inocencia de los niños, y tratar de acariciarlos como si así nos fuéramos a contagiar. Pero en realidad hay algo confuso y profundo en ese movimiento. Creemos acariciar a los niños porque nos gustan las cosas pequeñas. Pero no nos gustan porque son pequeños, son pequeños porque nos gustan.* No dudaba de lo inconsistente de todo su argumento, pero sonaba profundo. Irene, firmó.

A las 5'30 aproximadamente, llegaba J, con la niña. Se preparó para salir a pasear como cada tarde, los cuatro. Era extraño. Su felicidad no estaba relacionada con el logro de sus objetivos; sino a la inversa.

Encontró una buena excusa. Precisamente hoy, era absolutamente necesario que terminase un breve texto, la presentación de aquel libro del que le habló hace unos días. En realidad era algo muy modesto. El libro, desde luego, pero se había comprometido, y los compromisos, especialmente, los que adquiere uno gratuitamente, por amistad, no se pueden quebrantar. «Es una buena chica; no tiene muchas luces, pero es voluntariosa, trabaja con mucha constancia. Necesita algún respaldo. Ya sabes cómo es este mundo». Ella asintió, sin convicción. «Entonces, iré a Pilates».

A media tarde, es agradable tomarse un respiro. Y un vaso de güisqui. Si no fuera por el cambio horario. Esta luz, excesiva, envolvente, qué falsa reescribe la versión gongorina. Había aprendido recientemente «pisando la dudosa luz del día». Qué certeza, qué clara y qué distinta se brinda a la mirada. *Qué melancólica(mente) me enamora*. No estaba seguro de la referencia. Qué melancólica(mente) me enamora. Debería hacer desaparecer los espejos todo aquel que ha cumplido los 50. La cuna y la sepultura. Se pasó la mano por el rostro, como quien trata de eliminar un mal pensamiento. Pero ahí estaba. Ahí estaba, y no podía recordar cuándo comenzó todo, ni qué fue primero, las ojeras, la línea de la mandíbula, la pérdida del pelo. O la tristeza prendida de una mirada cada día más opaca. La imaginó ahora moviéndose acompasadamente al ritmo que marca aquella milanese sin piedad. Incomprensiblemente, ella, tan rebelde, se sometía con gusto. Ella era diferente. Todas lo son, se dijo. Saben que dominan la tierra. Tienen un vientre *creativo*. Un vientre creativo. Probablemente no se les ha ocurrido todavía decirlo así. Pero lo saben. Y también que nuestras esterilidades han de paliarse con esta angustia que nos deja exangües. Volvió a ver su imagen, el vaso en la mano, el líquido color miel, vencido.

La pantalla en blanco devuelve una y otra vez a la realidad, a la exigencia, a la responsabilidad, al futuro quizá, al presente desde luego, a uno mismo. Se dijo. Como quien va a comenzar a interpretar una pieza mil veces ensayada, colocó las manos sobre el teclado. Leyó: «El velo de Penélope». *La esperanza es el velo de Penélope. Dura el tiempo que nos lleva tejerlo*. Creyó notar que sus mejillas se sonrojaban; sintió calor y suspiró. Rem tene, verba sequuntur.

Todas las madres jóvenes que se cruzaban con ella parecían hablarle de fatiga crónica, el síndrome de la fatiga crónica que amenaza a las mujeres. Se negó a percibirlo, lo envolvía en música o en ensoñaciones. *Guess I'll always have to be living in a fantasy*. Y le brillaban los ojos cada día, y se encendía todo su rostro cada vez que se cruzaban. «Estás llena de luz», le dijo aquella amiga una tarde. Se cruzaron, sonrió y se acercó pausadamente como solía. Sólo unas palabras bastaban. «Estás llena de luz», dijo la amiga común. Y tejía día a día el velo de protección contra el tedio, contra la costumbre y la resistencia del mundo. Su propia resistencia era tan frágil y tan eficiente *That's the way it's got to be. From now on*.

«Deberíamos volver un poco más temprano; así acostamos a los niños y me queda tiempo para terminar...». «¿Terminar? Ni siquiera hemos empezado...». A veces J. era encantador. Ese era el término exacto. Encantadoramente predecible. La miraba con un gesto entre suplicante y chulesco. Sabía que eso la vencía. La necesitaba, la adoraba, le estaba agradecido. <Melibeo> lo llamaba. *Melibeo soy, a Melibea adoro*. Estaba fuera de su velo.

La tarde se resistía a caer, pero el cansancio comenzaba a hacer mella en la pequeña. Caminaban, él con su brazo alrededor de la cintura de Irene y el pequeño J en su bolsa marsupial, sobre el corazón. Creía que de este modo los lazos afectivos se asemejaban a los que se establecen con la madre. Ella, empujaba la sillita de N y pensaba en los exámenes por corregir. Consultar el correo.

No es verdad que no haya alternativas a la sobremesa de sillón y televisor, y de ser posible siempre se escoge una de las que marcan notablemente la diferencia. Por ejemplo la lectura de los clásicos. De los clásicos de la literatura, se entiende. Se dejan para este momento de la jornada, precisamente porque están fuera de la jornada. Por mero placer se acude a ellos; y se desgrana su talento, su buen hacer, su gracia y su escuela a lo largo de las comidas con los colegas. Hace bien poco quedó boquiabierto uno de ellos cuando le habló con tanto dominio como elocuencia de aquel poeta Al-Yazzar as-Saraqusti. «*Madre, este mocito ha de ser todo mío. ¡Porque amé a un muchacho ajeno y él a mí, me lo quiere esconder su cuidador!*». Impostaba la voz, como solo él sabía hacerlo, y entornaba los ojos en una expresión que quería ser pícara, para paliar el efecto excéntrico de la voz femenina en el fragmento recitado. El resultado era normalmente el deseado. Entonces alguien mencionaba el último libro de un paleontólogo afamado, o quizá de un musicólogo anglosajón especialista en el patrimonio musical wago, y la conversación derivaba por otros derroteros; pero nadie era capaz de atraer la atención con más fuerza, ni de obligar de tal modo a emular sus intervenciones. Últimamente, en ocasiones, acudían a las comidas algunos jóvenes posgraduados que preparaban sus proyectos de fin de carrera o sus tesis, y eran precisamente estos quienes más entusiastamente acogían su erudición literaria. Tan era así que a alguno de ellos podía vérselo con un ejemplar del *Cancionero* de Petrarca o de las *Elegías de Duino*. Pero esta noche precisamente ella decidió encender el televisor. «Me han dicho que la peli del canal 45 es interesante. Se emite en ve o.». Lo decía sin énfasis, como quien usa exactamente una expresión técnica. «Claro, lo que tú quieras». Él sonreía siempre, cortésmente. La esperanza es el velo de Penélope. De todos modos esta noche no podría concentrarse en ninguna otra cosa.

Las noches habían dejado de ser infinitas exactamente el día en que vino al mundo N. Creía que podría estar contemplándola eternamente. El hecho era que la pasividad fue solo un deseo. Cómo entender el desprecio que inspiraba a muchos. Mil pequeñas tareas reiteradas hasta la extenuación perturbaban las expectativas de gloria y plenitud. El mundo estaba incompleto, más que

nunca quizá. Y se pobló de peligros y de obstáculos, y los días giraban y se esfumaban conjurándolos y evitándolos. Y era tan fatigoso acudir cada día ante los alumnos, desdibujados ahora sobre el fondo expresionista de sus llantos, la nueva niñera, el reloj que avanza más deprisa que el autobús. Post tenebras lux. Así fue. Un día todo volvió a estar en su sitio. Desapareció el gesto de constante preocupación, se iluminó, todo estaba bien. Y decidió volver a empezar. Creía que se había convertido en otra persona. Que solo a partir de esa experiencia se alcanzaba a ser persona realmente adulta. Y ahora podía contemplarlos. A los dos. Con su parecido, sus cabellos rizados y sus mejillas de putti. Y también el mundo. Podía ver los amaneceres cuando junto a la ventana de la cocina leía antes de que despertaran; podía ver el verde de la primavera, cuando paseaban los cuatro cada tarde. Podía ver algo que nadie vería en los ojos de él, por encima de sus ojeras. Ese brillo.

Las noches no eran infinitas, sin embargo. Solo era infinito el número de cosas que convenía resolver en esas dos horas de paz. Había que luchar contra la condescendencia hacia una misma, tan característica del sexo femenino. *Contra la vulgaridad*. Se acomodó en el sillón, acurrucada sobre su amplio brazo derecho, con un cojín bajo la cabeza con un libro en las manos, que abandonó cuando oyó reír a J. «¿Es buena?». Un tipo, entrado en años se diría, trataba de satisfacer a un director de publicidad japonés, haciendo gestos ridículos, sobreactuando, con un vaso de güisqui en la mano. Su camisa blanca resaltaba sobre el fondo. Transmitía cierta *desolación*. Eso pensó, tras verlo sentado sobre la cama con aquellas zapatillas de felpa. J. decidió irse a dormir. «Ya se puede imaginar cómo continúa. La chica está buenísima. Te has perdido la primera escena», dijo con un guiño. «¿Ha pasado algo?» «No, pero pasará. Dos extraños en un país extraño en un lugar extraño. *Strangers in the night, laralalalá*».

¿Qué edad tendría? ¿53? ¿58? Parece desvalido; y grotesco a la vez. Cómico; eso es, cómico. Todos los hombres lo son. Una amiga feminista solía decir cosas como esa: sin mala intención, pero con cuánto tino erosionaba el centro mismo de la herida. Ella en cambio es deliciosa. Tan joven y tan bella. Tan incapaz de darse cuenta de su encanto. Porque no hay respuesta acorde con él. Le toca a este hombre cómico responder entonces. Pero no lo hará. «¿Has visto qué pendejo? La lleva en brazos, la mete en la cama, luego ella misma se presenta en su habitación».

Pusilánime, cobarde e hipócrita. «Si siente algo, ¿por qué no hace nada? Y si no siente nada ¿por qué da pie a la chica?» Puro miedo. Una historia de amor sin amor. Está perdido; y ella. El mundo está perdido, y no aceptan el regalo de la redención. Vamos, da el salto. Sé tú mismo. Atrévete a cambiar. Cobarde e hipócrita. Tibio. Ella se indigna por momentos. «Qué pendejo. Y se lleva a la cama a la pelirroja. No es capaz de un solo momento de

sinceridad, ni con su mujer, ni con su amiga, ni con su amante. Las engaña a las tres. Es un misógino – un auténtico y asqueroso misógino». Un cobarde. Qué melancólica(mente) me enamoras. El amor es para los valientes. La angustia. Otra vez.

Hubiera querido llorar, para liberar ese sentimiento agridulce. Ella trata de alzarse sobre las puntas de sus pies, y él le habla al oído mientras la abraza, la envuelve, tan pequeña ella. El vacío de pronto se colma, rebosa. Amor. Eso es amor. La distancia desaparece y persiste por siempre. Qué le dice. Siempre, amada. Sólo se puede decir siempre cuando no hay ahora, ni mañana, ni ayer. Cuando no hay tiempo. Nuestro siempre se construye de ahora, de nunca. El suyo es la eternidad. Qué dulzura puede llegar a experimentarse en la frustración. Recordaba aquellas viejas historias del amor imposible, del amor recíproco desgraciado. Tristán el triste amante que coloca su espada entre su deseo y su amada Isolda. Ah, el obstáculo. El obstáculo no acrecienta el deseo el obstáculo es el objeto del deseo. Se sentía tan extrañamente colmada. *Sabes, me acabo de enamorar de Bill Murray. Nunca había sentido algo parecido ante una escena de película. Creo que me derretiría literalmente. Es tan desolador y tan profundo. Nunca me habría identificado con nadie como con esa chica menuda, sola, que parece pasar desapercibida en medio de la multitud, frente a las mujeres bellas y potentes que se acercan a él. Pero es ella. Sólo la ve a ella. Sale del ascensor, con su chaqueta al brazo, su indumentaria poco llamativa y sin embargo sus ojos son atraídos sin remedio. Siempre. Amada. ¿Sabes lo que escribió Benjamin en ese fragmento que se titula «Amor platónico»? Claro que lo sabes. Ellos lo viven. Ellos lo viven. No pudo firmar, ni siquiera releerlo. Marcó el texto y mantuvo pulsada unos instantes la tecla backspace. Nada. Mejor nada. Se dijo que debería pensar en escribir un libro sobre el amor. Se lo dedicaría secretamente: estas son palabras privadas que te dirijo en público, como escribió Eliot.*

Cuán delicadamente me enamoras. Aceptó, aunque su sugerencia, no más que eso, fue tan leve, tan desvaída, tan tímida que nadie la habría interpretado como una invitación a participar en un acto semejante. Pero lo entendió perfectamente. Siempre delicado. Sabedor de que los silencios, las pausas, las elusiones, o lo simplemente insinuado son suficientes. Eternamente agradecida. Así estaría siempre. Por tantas cosas. Por ese intercambio especialmente, que le daba sentido. Sentido. Los carteles no le gustan. El logo de la institución parece ser el centro. No el libro. No la autora. Y el público. Esas señoras que acuden a cualquier convocatoria vestidas como si fueran a tomar el té en Embassy. Los compañeros. Pocos. Siempre hay tantos compromisos cada tarde. Si no eres poderoso, además, quién desearía dedicarte un tiempo mejor empleado

en otros menesteres. Sabe que, pese a todo, la mayoría de los presentes están ahí por él. J estaba realmente disgustado. «Precisamente esta tarde. Tenía que ser hoy el día D. Y sabes cómo están las cosas. El interventor de viaje, y Joaquín es un inútil. No te pongas nerviosa», le dijo. «Pon el aplausómetro, seguro que ganas a todos». Ojos que me encuentran. *Oh lámparas de fuego... color y luz dan junto a su querido*. Entre todos, de pronto, a mí. Mi estómago no logra desanudarse, pero caigo, caigo sin remedio y todo se borra, mise en abîme. Posa su brazo sobre mis hombros. Suspiro, imperceptiblemente. Charlamos con el moderador y el otro invitado. Indicación suya, por supuesto. Apenas nos conocemos, pero alaba el libro. «Suggerente», dice. No es el mejor calificativo, no lo dudo. Sé que le parece malo, y siento el estómago más y más intolerante a la situación. Correría hacia la puerta. Ese impulso súbito de bajar del tren en una estación cualquiera a mitad del viaje, olvidarlo todo, el origen, el destino, jugarse la vida a una carta no prevista. Quién se reconoce en su biografía, en ese conjunto de datos salidos de los labios de un extraño, con errores inaudibles para los oyentes, con la pose engolada de quien tiene que hacer notar su valor por contigüidad con el valor del presentado. Uno, dos y ella. Cada vez más pequeña, más insignificante. Muda. Oyó todas las palabras como si no estuviera presente. Ni siquiera los elogios impostados de él fueron un bálsamo. Habló como si no fuera suya la voz, como si no hubiera tenido nada que ver con todo aquello, como si tratase de terminar deprisa. Bajar en marcha, sin propósito alguno. Desearía llorar para liberar la tensión, pero recibió parabienes, algún beso, comentarios amables de desconocidos, promesas de leer el libro. Como las ondas del agua se alejan del lugar donde cayó la piedra, se fueron reagrupando los corrillos de conocidos a los que apenas reconocía. Como la piedra en el centro de la nada. Se dispuso a partir. Finalmente. Lo buscó con la mirada. Hablaba animadamente con varios colegas, con el director de la institución, con los jóvenes doctorandos, y con una chica morena que le pareció muy guapa. Creía estar más pálida de lo normal. Se acercó por detrás. «Adiós. Muchas gracias. Ya hablaremos». «Has estado estupenda, ¿verdad?» Buscó el asentimiento de los demás. Todos sonrieron. Continuaron charlando, o eso pensó. Avanzó unos pasos hacia la puerta. Se separaron las dos hojas de cristal para dejarle paso. Había anochecido y el aire todavía conservaba cierta frescura. Lo agradeció. Descendió despacio los escalones y comenzó a caminar indecisa. Quizá debería tomar un taxi. J. llegaría tarde y la babysitter tenía que marchar. Anduvo hasta la esquina de la gran avenida. Era un buen sitio para esperar. Buena visibilidad recíproca.

La mano en su hombro le hizo volver el rostro. No dijo nada. Se dejó llevar, esperó el siguiente movimiento. Es dulce la pasividad. La espera. Lo que haya de pasar pasará, sin forzarlo, sin buscarlo. Así debe ser. Se suspende el tiempo. *My life is fully romance*. La naturaleza imita al arte. Un hilo más en su

tejido contra la existencia. Porque vivir es estar suspendido como el tiempo que no transcurre. Suspendida de sus ojos, de sus palabras, en ese espacio que no lo es donde encontrarse indefinidamente. Instintivamente, levantó los talones del suelo, como si necesitase ponerse de puntillas para cerrar eternamente aquel encuentro, para colgarse de sus palabras susurradas al oído. Cuán delicadamente me enamoras. Suspiró levísimamente. Le latía el corazón y deseaba acallarlo. «Sabes, mañana tengo un compromiso por la mañana. Lo había olvidado. Pensaba que quizá tú podrías ocuparte de mi clase de las 9. Háblales de Benjamin». Puso ese gesto contrito, como si le pesase la existencia y al tiempo, demasiado piadoso con los otros, no se permitiera compartir la carga. «Lo lamento; debería haberte avisado antes». Sus pies se pegaron al suelo, atraídos irremediablemente hacia el centro de la tierra. «Benjamin. Allí estaré». Sonreía siempre, cortésmente. La tomó de los hombros con las dos manos y la atrajo hacia él, le dio dos besos. «Nos vemos. *Congratuleisions* por el libro».

Él sonreía siempre cortésmente. Comprobó que no venía ningún taxi. Dudó si encaminarse hacia la boca de metro más próxima. Giró sobre sí misma. Allí estaban los animados contertulios, el director de la institución, algunos colegas, los doctorandos y la chica morena que le pareció tan guapa. Esperaban todavía a la puerta. Caminaba parsimoniosamente, y levantó la mano derecha. Ellos avanzaron a su encuentro.